

ANTONIO M. GARCÍA BLANCO

EL CLÉRIGO EXALTADO

RELIGIOSOS LIBERALES HUBO MUCHOS EN EL XIX ESPAÑOL, PERO POCOS TAN PROLÍFICOS, ÁCIDOS Y LONGEVOS COMO GARCÍA BLANCO. MANUEL MORENO ALONSO ACABA DE RESCATAR SUS MEMORIAS. GÉRARD DUFOUR Y EMILIO LA PARRA SUBRAYAN EL EXTRAORDINARIO VALOR QUE TIENEN COMO FUENTE DE PRIMERA MANO PARA CONOCER LA CENTURIA



Antonio María García Blanco, retrato anónimo, antigua Universidad de OSUNA.

COMO EDITOR DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE ANTONIO MARÍA GARCÍA BLANCO, *Historia compendiosa de una larga vida. Resumen de un siglo* (1800-1889), debo decir que no existe en la literatura memorialística decimonónica española nada comparable. Son las *Memorias* de un cura liberal exaltado que mantuvo su radicalismo a lo largo de toda su vida, de la que da un excepcional testimonio cargado de originalidad y auten-

MANUEL MORENO ALONSO. CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA, UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

ticidad. Ciertamente hubo curas revolucionarios y "heterodoxos" —de los que optaron por la solución bonapartista he dado cuenta de ellos en mi libro *El clero afrancesado en España. Los obispos, curas y frailes de José Bonaparte*—. El radicalismo del clero llegó a su culmen en el Trienio liberal y en otros momentos puntuales como el Bienio progresista (1854-1856) o el Sexenio revolucionario (1868-1874). Pero los testimonios biográficos con que contamos son escasos y solo para con-

tados momentos. De manera que no hay una autobiografía de un clérigo como este que mantenga su radicalismo a lo largo de toda su larga vida y dé testimonio de él.

A la originalidad de la obra se suma el desconocimiento que existía tanto de la misma como de su autor, un personaje notable, hijo de un diputado exaltado en las Cortes del Trienio, y que, con posterioridad, fue él mismo diputado en las Cortes, también exaltadas, de 1836, en repre-

sentación de Sevilla. A lo que se añade, aparte de su condición de eclesiástico y político, su condición de intelectual como catedrático de la Universidad Central de Madrid, en la que fue maestro de Salmerón y de Castelar.

Por todo ello, las *Memorias de un cura liberal exaltado* de García Blanco constituyen una obra excepcional, tanto por su rareza como por su interés como fuente de primera mano para el conocimiento de casi todo el siglo XIX.

A ello contribuye la riquísima personalidad de su autor, que fue una *rara avis* en el panorama de la intelectualidad española de su tiempo. Pues, aparte de ser un consumado humanista, practicó sus ideas y dio ejemplo de ellas como párroco rural, en medio de las gentes sencillas del pueblo, como diputado en las Cortes, como profesor eminente en las polémicas universitarias de su tiempo y como educador infatigable y auténtico.

NOVELISTA, POLÍTICO Y PROFETA. Con dificultad, desde luego, podrá encontrarse un testimonio autobiográfico comparable por su originalidad y criticismo político, religioso y social, en el que el autor hace de historiador, de novelista, de político y de profeta al ocuparse de lo que ha visto pasar en el siglo XIX: los Gobiernos, los reyes, los ministros del altar y del trono, los pobres, los ricos, los caciques, las mujeres, los estultos, los ladrones...

Con motivo de su muerte, su discípulo Marcelino Menéndez Pelayo dijo, tras reconocer las diferencias ideológicas que le separaban de él, que "el inolvidable Dr. García Blanco, una de las más claras e indisputables glorias de esta Facultad y de esta casa (...) era español de pies a cabeza, y ni sus métodos ni sus opiniones, ni sus hábitos, se comprenden más que en España. Era un fruto propio y espontáneo de nuestra tierra".

No obstante lo cual, el personaje, nacido en Osuna en 1800, ha caído en el olvido a pesar de la relevancia que adquirió en su tiempo, después de su paso por la política como diputado exaltado en las Cortes de Mendizábal, como prestigioso catedrático de la Universidad de Madrid y hombre próximo a los políticos e intelectuales progresistas de la época. Con la particularidad de que su militancia política y



Quema de los ARCHIVOS DE LA INQUISICIÓN, durante la revolución de 1820.

social extrema "de buena ley" la simultaneó con el ejercicio inicial del sacerdocio en la Andalucía rural —la sierra de Aracena y la campiña sevillana—, la magistratura en la catedral hispalense, así como, con posterioridad, la política, la participación en el Ateneo de Madrid y la enseñanza de hebreo en la Universidad Central, de la que fue decano durante el Sexenio revolucionario (1868-1874). De todo se ocupan sus *Memorias*, en las que analiza de forma personalísima la España que le tocó vivir con claves sociales, políticas, religiosas e ideológicas desconocidas.

OBSESIÓN AUTOBIOGRÁFICA. Aunque su *Historia compendiosa de una larga vida* (1887) es su autobiografía por excelencia, Antonio María García Blanco estuvo permanentemente obsesionado por su pasión autobiográfica, fruto de una aplicación constante y de un permanente deseo de conocerse a sí mismo poco común. Una obsesión que se encuentra ya en los numerosos escritos que, antes de 1834, dirigió por razones de su carrera universitaria y que constituyen su expediente académico hasta entonces. En sus numerosos escritos en forma de instancia, que normalmente acom-

pañaba de innumerables certificados, raro es aquel en el que no haga una observación personal de carácter autobiográfico. Con el tiempo escribió hasta un relato autobiográfico para ser publicado después de su muerte, su increíble *Oración de un muerto en el día de su entierro*, aparecida en el mismo año de su fallecimiento, 1889. Publicación que, aunque destinada a la lectura pública en su entierro, tenía escrita desde hacía veinte años.

Con ello inició un tipo de autobiografía "funeraria" que tuvo un curioso florecimiento entre ciertos intelectuales españoles de tipo krausista: la *Memoria testamentaria*, de Fernando de Castro, tan ensalzada por sus discípulos, y la *Minuta de un testamento*, de Gumersindo de Azcárate. Dos confesiones atormentadas de dos creyentes, precisamente amigos suyos ambos, que contaron de esta forma por qué habían abandonado la Iglesia oficial y que causaron un fuerte impacto, pero que García Blanco, que las conocía, miró con cierto desdén.

Dada su obsesión, en 1851, aprovechando la aparición de la obra más importante de su vida, el *Diqduq. Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, tan elogiada por Me-

LAS CLAVES

PÁRROCO RURAL. Desde sus comienzos dio ejemplo de sus ideas entre las gentes sencillas del pueblo.

PARLAMENTARIO. Fue diputado en las Cortes Constituyentes de 1836-1837.

CATEDRÁTICO DE HEBREO. Enseñó esta lengua en la Universidad Central de Madrid y, en 1851, escribió una gran obra para su conocimiento, que fue elogiada por Menéndez Pelayo.

Contra la tiranía del clero y el rey

EMILIO LA PARRA. CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA, UNIVERSIDAD DE ALICANTE.

Cuando en las Cortes de 1836 se debatió la supresión o la continuidad de las órdenes religiosas en España, el diputado por Sevilla Antonio García Blanco abogó por la eliminación de todas ellas. En sus *Memorias* escribió: "Veía muy claro lo innecesario de todos (los frailes), lo perjudicial de todos, lo anticatólico y antievangélico y antisocial de la mayor parte de esas órdenes y esos desordenados hijos de San Francisco, Santo Domingo, San Bruno, San Bernardo, San Jerónimo, San Basilio, San Benito, los Cartujos, los Trapenses, los Agonizantes, los Dieguinos, Capuchinos, Premonstratenses y Cayetanos". En contra de la opinión de destacados liberales, como Olózaga y Pascual Madoz, García Blanco también se pronunció por la eliminación de "las tres plagas" (son sus palabras) de los escolapios, los hospitalarios y los misioneros, únicas congregaciones cuya extinción no decidieron aquellas Cortes.

García Blanco era un "liberal exaltado", como lo califica con acierto Manuel Moreno Alonso. Pero era asimismo sacerdote y nunca dejó de serlo. Nunca dudó de la fe católica y siempre se condujo como un digno sacerdote. A mayor abundamiento, fue un gran conocedor de la Biblia, que como destacado hebraísta estudió en profundidad, siguiendo el modelo de Arias Montano, uno de los grandes humanistas del Siglo de Oro español. Por estas circunstancias, la argumentación de García Blanco contra las órdenes re-

ligiosas superó en solidez y en calado a la habitual de su tiempo. No se limitó a denunciar el comportamiento desarreglado de frailes y monjes (ignorantes, dados al vicio y a la hipocresía, fanáticos, supersticiosos), sino que también acusó a las propias congregaciones religiosas de "antievangélicas", "anticatólicas" y "antisociales". Es decir, sobrepasó el plano individual. En el marco de la cultura católica hegemónica en España, se entendía que la persona virtuosa podía ser reconducida hacia la virtud y sus pecados perdonados gracias al sacramento de la confesión. Esto, sin embargo, no era aplicable a un colectivo organizado —las órdenes religiosas— cuyos integrantes, según él, no guardaban, en su mayoría, los preceptos evangélicos y actuaban en contra de los intereses de la población, por lo que su extinción estaba justificada.

ELIMINAR ABUSOS. La animadversión del sevillano hacia ellas se fundamentó sobre todo en la actitud política y social de sus miembros. En un tiempo en que se trabajó intensamente en España por la moderniza-

ción política, plasmada en la Constitución, y por la eliminación de los graves abusos económicos y los privilegios sociales de los poderosos, los frailes y monjes —mantuvo García Blanco— se habían puesto al servicio de la tiranía (Fernando VII) y de los privilegiados (la aristocracia y el mismo clero), no habían velado por los intereses de los desfavorecidos, habían dejado de predicar el Evangelio y en lugar de seguir la máxima de amar a los enemigos, habían desencadenado la persecución más desafortunada contra los que trabajaron por "la mejor revolución, la de las ideas y la de la conciencia". En suma, se habían puesto al servicio del absolutismo real y de los privilegiados y habían actuado en contra de los intereses del pueblo. Por ello, García Blanco comprende la matanza de frailes a manos de ciertos sectores populares ocurrida en Madrid y otras ciudades en 1834.

Ahora bien, en las memorias de García Blanco la degradación de la religión y del Evangelio no queda limitada a las órdenes religiosas. Se extiende al conjunto de la Iglesia católica y, por supuesto, a su cabeza: "La Corte de Roma es la fiera contra la que hay que luchar para destruir la ignorancia que domina en el clero, el fanatismo que amaga por todos lados al pueblo". Para el pueblo, dice, se hizo el Evangelio y es el pueblo "quien mejor derecho tiene a

los frutos de la tierra; no eclesiásticos haraganes, no bastardos ennoblecidos", pero la Iglesia ha olvidado al pueblo y solo se interesa por el bienestar del clero.

MIRADA AL XVIII. Las preocupaciones en materia religiosa de García Blanco siguen la línea marcada desde la segunda mitad del XVIII por los ilustrados más avanzados, asumida por los primeros liberales: saneamiento moral del cuerpo eclesiástico, reorganización de la Iglesia, antirromanismo, educación de la población, eliminación del fanatismo y la superstición. Pero a diferencia de los ilustrados, el sevillano situó la política en primer plano. La reforma de la Iglesia solo sería posible si se destruía el absolutismo y las instituciones y prácticas de este sistema (Inquisición, acaparamiento del producto de la tierra por unos pocos, etc.). Por ello se pronunció a favor de las desamortizaciones, de la abolición del diezmo y del cese de la ayuda económica de la monarquía española al papa. En sus *Memorias* censuró con dureza a Fernando VII y a María Cristina de Borbón. La crítica política y la religiosa van siempre unidas.

Si bien no se pronunció expresamente por la tolerancia de cultos, aunque defendió la libertad de conciencia, sus *Memorias* son una valiosa muestra de una posición político-social que abocaría a la democracia. Es significativo ver cómo muchos de sus reproches al clero y a la monarquía serán retomados en la segunda mitad del XIX por el republicanismo, dos de cuyos representantes, Emilio Castelar y Nicolás Salmerón, fueron discípulos suyos en la Universidad Central. ■



María Cristina de Borbón.

"Quien oculta lo que ha visto... es un malvado"

GÉRARD DUFOUR. HISTORIADOR, EXPRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE PROVENZA.

Porque no tengo nada que ocultar", contestó el mariscal Pétain a quien le preguntaba por qué no escribía memorias. Difícilmente podría imaginarse tamaña desfachatez en un hombre que adquirió tan siniestros compromisos con la Alemania nazi. Sin embargo, no le faltaba razón en su crítica a los autores de recuerdos, omisiones y ambigüedades, pocas veces contribuyen al establecimiento de la "verdad verdadera" de la Historia, por decirlo en términos cervantinos. Sin embargo, desde el *De bello gallico* y el *De bello civili* de Julio César hasta el *Memorial de Santa Helena* de Napoleón, las memorias han sido una fuente privilegiada de los "profetas del pasado" que, según Schiller, son los historiadores. Así que la historia que se conoce, más aun que la de los vencedores, es la de los que supieron empuñar "ora la espada, ora la pluma", y echamos las campanas al vuelo en cuanto se descubre o rescata del olvido algún que otro producto de sus desvelos literarios.

LA CUESTIÓN PALPITANTE.

Es el caso de estas memorias... Pero por más que García Blanco pusiera énfasis en protestar de su absoluta sinceridad al afirmar que "quien oculta lo que ha visto, lo que ha hecho, lo que pasa es un malvado; y si depona en falso, un traidor; y si calla, llegará día en que diga como Isaías: *Vae mihi quia taceo*", su texto no está exento de omisiones. La más importante

es el silencio que mantuvo sobre lo que fue (y sigue siendo) "la cuestión palpitante" para el clero: la del celibato eclesiástico, objeto de tantas y tan apasionadas discusiones durante el Trienio liberal. ¿Fue de los que, a falta de ser "castos", fueron "cautos", como decía otro canónigo poco avenido, como él, con los frailes, la Inquisición y la curia romana, Juan Antonio Llorente? La *Historia compendiada de la larga vida* de García Blanco es una autobiografía y no una confesión, y nos quedaremos con la duda. En cambio, no se mordió la lengua para denunciar a los monjes y jesuitas y afirmar su ideal revolucionario, tanto en lo político como en lo eclesiástico. La fuerza de sus convicciones y su virulencia hacen de él un personaje fuera de lo común. Pero no fue el único sacerdote español que, en el XIX, se entusiasmó por las ideas revolucionarias y soñó con una reforma profunda de la Iglesia: los procesos "criminales" que se formaron contra varios de ellos en 1824 lo atestiguan, y las memorias de este cura liberal exaltado dan varias pistas para seguir las huellas de estos hombres que no se constituyeron en un colectivo, pero que anhelaban un mundo mejor para su



Caricatura de Isabel II.

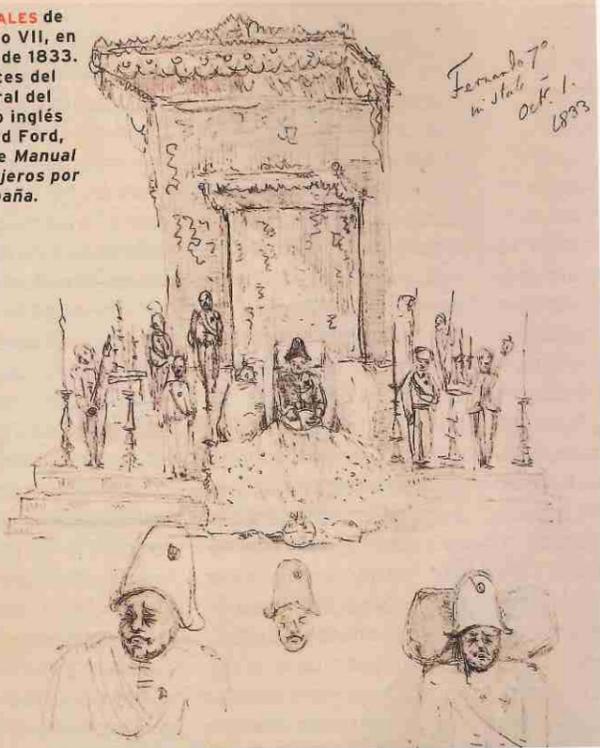
hijos, como declaró algo ingenuamente uno de ellos, Pascual Ortega, prebendado de la catedral de Segovia.

El interés de la *Historia...* de García Blanco no se limita a los temas políticos y religiosos, y resulta también muy útil para el estudio del hebraísmo en España, de mayor trascendencia de lo que se puede imaginar. Sobre todo, constituye un auténtico cajón de sastre de donde podemos extraer datos pertinentes y novedosos que nos permitan acceder a esta historia "total" anhelada por Lucien Febvre y su escuela de los Anales. Lo indicó el propio García Blanco en el larguísimo subtítulo que puso a su obra: *Personas, cosas y sucesos que han pasado y yo he visto en el siglo XIX (desde 1800, en que nací, hasta 1900, en que habré acabado ya). Anécdotas, paradojas, cuentos, sucesos, vicisitudes, leyes y costumbres religiosas, políticas, familiares, sociales, públicas y privadas, naturales y preternaturales, maravillas (Mirabilia), profecías dignas de saberse y llegar a noticia de todos los españoles.* Tanto material permite adentrarse en esta intrahistoria sin la cual lo que llamamos historia carece las más veces de sentido. Desde las condiciones sanitarias y las temidas epidemias de fiebre amarilla o tifus, hasta los peligros de toda índole que suponía cualquier viaje; desde la escuela (o ninguna) instrucción que se dispensaba en ciudades

como Osuna hasta una universidad madrileña regida por "circulares de Directores y Ministros imbéciles" dirigidas a los decanos de las facultades, pese a "la resistencia de catedráticos competentes a dejarse reglamentar por políticos de escuelas diferentes (y) por burócratas rutinarios"; desde la vida rutinaria del cura "de misa y olla" que se contentaba con "su casa, su misa y su Da Luisa", hasta los intrínquilos de un palacio arzobispal como el de Sevilla, pasando por la azarosa condición de cura contrabandista, así como un larguísimo etcétera que incluye el modelo de perfecta casada que nos ofrece con el retrato de su madre, García Blanco compaginó la crónica de su tiempo con el estudio sociológico de sus contemporáneos. Y en ello, más aun que en los datos que proporciona sobre un Riego o un Mendizábal, está el sabor y el interés de su obra.

VALOR LITERARIO. Las memorias de este cura liberal exaltado merecen un sitio en la historia de la literatura española. Después de tantas ediciones de autobiografías como se han publicado, resulta inútil subrayar que la obra de García Blanco confirma lo errónea que era la afirmación de que el género era impropio de la idiosincrasia española. Pero Antonio García Blanco fue un doctor en Filosofía y Letras que supo escribir: algunas de sus páginas son verdaderamente antológicas y pueden competir con las mejores de los escritores costumbristas. Pero con la diferencia fundamental de que él quiso escribir y escribió la historia de su tiempo y no cuentos. ■

FUNERALES de Fernando VII, en octubre de 1833. Apuntes del natural del viajero inglés Richard Ford, autor de *Manual para viajeros por España*.



FOBIA CONTRA FERNANDO VII

“Era Fernando VII un indio blanco: gran cuerpo, poca cabeza y menos corazón; un bípodo, de gran potencia, atronado y atrevido; lascivo, como su madre; crédulo, como Carlos IV; falso, como palaciego; por su buena talla, caballista; montado era una figura de colegio, pero a pie sólo seducía al bello sexo; palabra, ninguna; entendimiento, poco; grande sólo de cuerpo y de facultades corporales; en todo lo demás y en pensamientos, escaso; muy vulgar al expresarse y proceder. No tenía de rey más que lo que decía su madre, cuando no le daba por ensalzar a Manolito, o a cualquier pobre diablo o estudiante. En la mesa y en la cama devoraba, según voz pública, y a juzgar por su constitución física, su temperamento, su alimentación y sus maneras. Sabía de todo lo malo, menos jugar al tute; en la iglesia, anacoreta; con frailes y monjas, bromista... Este fue el árbitro de España desde la edad de 16 años hasta la de 56 que murió. Y a pesar de todos los pesares, tuvo la fortuna de morir en su cama, que es una de las veinte cosas, a mi parecer, increíbles, que han sucedido en este siglo”. A. M. G. B. ■

➔ néndez Pelayo, publicó en su tercer volumen, dentro de un diccionario de hebraístas modernos y antiguos, un resumen de su propia vida, que resultó la autobiografía más extensa y cuidada de todas con anterioridad a la que aquí presentamos.

Una autobiografía que reeditó dos años después en la fecha muy representativa de 1869 –al año siguiente de La Gloriosa–, con algunas escasas variaciones. Año en el que su autor quiso reencontrarse con la nueva universidad y con los nuevos intelectuales revolucionarios madrileños por medio de una suerte de carta de presentación personal. Con posterioridad, hacia 1877, escribió otra obra de contenido personal en la que anotó cuanto opinaba sobre los temas más variados.

La tituló *Las mil y una verdades incontestables, o sean extravagancias, pensamientos originales propios y ajenos, parodiando los famosos cuentos orientales*. Acababa de jubilarse, y después de “cincuenta años enseñando y tres cuartos de siglo viviendo y viendo”, pensaba que bien merecía la composición de aquel libro, que quedó inédito. Ensayo autobiográ-

fico también este, “escrito calamo currente, sin pensar mucho ni temer el qué dirán”, según sus propias palabras, que entonces pensaba fuese “el último acaso que emprendo”. Escrito este, terrible contra las supersticiones, revoluciones y mentiras de su tiempo, en el que desenmascara muchas patrañas políticas y religiosas.

ATÍPICO, LONGEVO Y CARPETOVETÓNICO.

Antonio María García Blanco alcanzó a vivir una vida muy longeva, lo que le permitió dar en sus *Memorias* una visión de una gran parte del siglo XIX. Por sí mismo su autor fue un personaje muy interesante que, pese a su condición de eclesiástico, es un exponente del liberalismo carpetovetónico: herencia de su padre, Antonio María García y García, diputado exaltado en las Cortes del Trienio liberal (1820-1823) y del propio liberalismo exaltado suyo, del que dio buena prueba a su paso por la política como diputado en las Cortes Constituyentes de 1836-1837.

Experiencia que, a partir de entonces, le llevó a adoptar una actitud crítica para con la propia política y los políticos,

sin que en ningún momento claudicara de su liberalismo a ultranza, lo que, tras su desencanto con la práctica de este liberalismo radical, le llevó a mantenerse alejado, a pesar de sus evidentes simpatías, del progresismo, primero, y del republicanismo después.

La larga vida y la ingente obra del autor de estas *Memorias* constituyen un testimonio difícilmente recusable de un intelectual dedicado a la lucha por la libertad, el progreso y la dignidad humana. Desde una edad bien temprana, Antonio María formó parte de aquella generación de los “fundadores del Estado liberal”, a cuya difícil consolidación aportó su grano de arena no solo en el Ateneo madrileño, sino en el Parlamento y en la universidad liberal por excelencia, la Central de Madrid –la universidad de los “negros” frente a las de los “blancos” de Alcalá–, formadora de las futuras élites liberales españolas. ■



A. M. GARCÍA BLANCO y M. MORENO ALONSO (ed.), *Memorias de un cura liberal exaltado (1800-1889)*, Alfar, Sevilla, 2015.

GUERRA DEL ROSELLÓN TERROR A LA REVOLUCIÓN

DESBORDADA POR EL ENTUSIASMO, LA CONVENCION JACOBINA QUISO EXTENDER SU LLAMA REVOLUCIONARIA A UNA EUROPA ABSOLUTISTA DESEOSA DE AHOGAR EN SANGRE AL NUEVO RÉGIMEN. **JUAN CARLOS LOSADA** REVIVE LA CONTIENDA QUE DURANTE MÁS DE DOS AÑOS ASOLÓ LA ESPAÑA PIRENAICA Y DEJÓ UNA PROFUNDA HUELLA QUE ASENTÓ LAS BASES DE LA RESISTENCIA POPULAR EN 1808 ➔



Uniformes de SOLDADOS ESPAÑOLES de 1793.

LAS CLAVES

INICIO. Francia declaró la guerra a España por su hostilidad a la Convención y la concentración de fuerzas en la frontera.

DESARROLLO. Madrid sorprendió inicialmente a París, que contraatacó y ocupó el País Vasco, Navarra y el norte de Cataluña.

FINAL. Con el armisticio, las fronteras volvieron a su origen anterior a la guerra. Solo la parte española de la isla de Santo Domingo se concedió a Francia.